



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 6. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Febrero 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Un mes, 1,75 pesetas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Provincias: Tres meses, 5,00 id.	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 21,00 ptas.				Un mes, 1,50 pesetas.	
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »				Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »					

SUMARIO.

En globo de París á Noruega, por Ricardo Villaseñor. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — Dos mujeres, por Ángela Grassi. — Historia de María Stuart, por Salvador María Fábregues. — La ciudad de Gondar. — Costumbres populares. — Matutías. — A la simpática niña Rosa Boullenger, poesía, por Isabel de Villamartin. — Bibliografía. Biblioteca escogida, por Vicente Cuenca. — El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza. — Explicación del figurin. — VARIEDADES: Charada.

GRABADOS: Costumbres populares. — Vista de Gondar, capital de Abisinia. — Matutías. — Dulces solaces.

EN GLOBO DE PARIS A NORUEGA.

Traducción del Monde Illustré.

Hacia fin de Noviembre de 1870, París sitiado despues de sesenta y siete dias, contaba todavía con la gran salida que debia verificar la ciudad, en combinacion con el ejército de provincias. Todo parecia estar preparado á este objeto, cuando el 24 de Noviembre el Gobernador dió orden inesperadamente de que á las 10 estuviese preparado un globo para partir.

Despues de estudiar bien la direccion y marcha de las nubes, se observó que el aeronauta no podia recorrer más que 3 ó 4 leguas por hora, lo que sólo le permitiria llegar al amanecer cerca de Hazebrouck ó de Dunkerque. A pesar de tan poca seguridad en la marcha, M. Pablo Rolier, ingeniero, no rehusó un momento intentar el viaje, y terminados todos los aprestos, colocó á los lados de la barquilla los sacos de despachos que le encomendaron, y á media noche, despues de haber amarrado la bandera tricolor, pronunció en alta voz le lachez tout, tradicional, y el globo se lanzó á los aires á los gritos de ¡Vive le France! repetidos por mil voces.

A los diez minutos, se habia ya perdido á la vista de los espectadores.

M. Rolier llevaba con él seis pichones mensajeros, cinco sacos de cartas, peso 300 kilogramos, y



COSTUMBRES POPULARES.

que contenian más de 100.000, un paquete de despachos, particulares y del Gobierno, y un despacho reservado para M. Gambetta, y la única persona que le acompañaba en tan arriesgada empresa, era M. Léon Bézien, francotirador.

Estos dos célebres viajeros no se habian visto hasta entónces, y empezaron á conocerse á una altura de 800 metros, merced á la casualidad que los habia reunido en tan críticos momentos.

Apénas se pasaron las primeras emociones de la despedida, el aeronauta consultó su barómetro, que le indicó una altura de 800 metros, en la que permaneció mucho tiempo, sin duda por la densidad del aire que atravesaban. Esta dificultad le obligó á arrojar muchos sacos de lastre, que cayeron al parecer en campo prusiano, porque se oyeron bastantes detonaciones, pero sin ningun resultado.

El barómetro marcó despues cerca de 2.700 metros, conservándose á esta altura toda la noche. Hacia la tres y media un ruido sordo y prolongado se dejó sentir, era sin duda algun tren que recorria las líneas del Norte de la Francia. Poco tiempo despues otro ruido idéntico, pero más intenso, empezó á sentirse, y los viajeros supusieron encontrarse sobre la Bélgica que tan cubierta está de líneas férreas; pero una cosa inquietaba á M. Rolier, y era no oír el silbato de las locomotoras, que ordinariamente precede á gran distancia al ruido de los trenes, y sin abrir la válvula resolvió descender naturalmente, para darse cuenta de su posicion. Al empezar esta maniobra y con objeto de graduarla velocidad del descenso, arrojó multitud de papilitos de fumar, cuya más ó ménos movilidad indican la rapidez de la marcha, como tambien la flecha (1) y

(1) Para averiguar si el globo sube, baja ó marcha horizontalmente, el aeronauta tiene á su disposicion dos medios á cual

la banderola que iban atadas á la barquilla. Un rayo de luz eléctrica iluminaba esta imponente maniobra.

Las estrellas disminuían por momentos en número y en resplandor; el día empezaba á amanecer, y por debajo del globo, y aparentemente inmóvil, una ligera niebla impedía ver la tierra, la que se iluminaba de un resplandor, cuyo brillo era cada vez más vivo. Este espectáculo, imposible de describir, sobrepuja á todo lo que la imaginación puede figurarse, pues era completamente espléndido.

Con los primeros rayos del sol, y á medida que estos fulgores aumentaban de intensidad, apercibieron debajo de ellos un fondo negro, bastante mal definido, que les hizo creer que se encontraban encima de un buque. Esta primera idea no debió durar mucho tiempo, porque el color se tornó en azulado, y mirándolo atentamente el aeronauta, distinguió pequeñas manchas blancas, esparcidas por diferentes lados, que creyó serían los rayos del sol reflejando sobre la nieve. Pero esta explicación no parecía exacta; el zumbido contenido, que cada vez más se dejaba oír, no era nada tranquilizador. El globo como caballo que rehusa avanzar delante de un peligro, así descendía con pausada lentitud. A pesar de todo M. Rolier tuvo su idea por buena durante mucho tiempo, porque en el mes de Noviembre las nieves son muy frecuentes, y sólo al fijarse maquinalmente en una de las citadas manchas blancas, creyó notar que esta se movía, y examinando con la mayor atención una, dos, tres y hasta diez de ellas, vió que todas presentaban la misma movilidad. Entonces un sudor frío le cubrió de pies á cabeza, pues ya no le cabía duda que las blanquecinas manchas que había percibido, no eran otra cosa sino las encrespadas olas del mar, y que el globo estaba balanceándose sobre ellas; siendo por lo tanto su imponente bramido el siniestro ruido que hacía tres horas venían sintiendo.

R. DE V.

(Se continuará.)

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuación.)

VIII.

También, como ya hemos indicado, tradujo del francés muchas poesías sueltas. Por la brevedad que nos hemos propuesto en estos artículos, no copiarémos aquí algunas de aquellas versiones. Más adelante hablaremos de ellas. Por ahora sólo harémos ligera mención de una imitación poética de varios idilios del tierno y delicado Gesner, que hizo el Sr. Bono Serrano en 1828. Por entonces fué desde Monzon á Valencia D. José Mor de Fuentes, escritor aragonés, conocido en España y en toda Europa por su poema descriptivo de las estaciones del año, por sus versos en diferentes idiomas, publicados en Bañeras, por su comentario al Príncipe de los líricos latinos, por la *Seraina* y otros apreciables escritos. El anciano vate del Cinca vió algunos ensayos del joven cantor del Guadalupe, con cuyo motivo regaló aquel á éste los Idilios de Gesner, traducidos en francés. Apenas acabó de leer aquel precioso volumen el señor Bono Serrano, escribió una égloga en que imita algunos de los admirables cantos del célebre escritor, prez y gloria de Zurich. Deseamos, que nuestros lectores conozcan algunas estancias de aquel bucólico poemita. Este es el comienzo:

POETA.

Del Túrta en la ribera,
Imágen del Eden por sus vergeles,
Y cuna de bellísimas pastoras,
Donde Cupido impera
Entre arroyos y fuentes bullidoras
Y cuadros de jazmines y claveles;

más primitivos: 1.º Las banderolas de papel muy fino, de 10 cents. de ancho y 13 de largo, que fijas á la barquilla se desarrollan al dejar la tierra, y según su posición vertical ó horizontal, indican la marcha ascensional del aeronauta. Igualmente se hacen por medio de papilitos de fumar que se echan al espacio. Además de eso, M. Rolier se hizo construir una flecha muy ligera de metal, que tenía en una de sus extremidades una hoja ancha de papel fuerte, cuya flecha se suspendía horizontalmente encima de la barquilla. Cuando el globo permanece parado, el equilibrio de la flecha es completo; si desciende, el aire pesa naturalmente sobre la hoja de papel, y hace inclinar más ó menos la flecha, y por el contrario, si el globo sube, el aire empuja la hoja de alto á abajo. Esta flecha, sumamente sencilla, y de una precisión completa, indica instantáneamente los cambios de elevación del aeronauta, y esto no se obtiene sino de un modo imperfecto con las banderolas y papilitos, y sólo por medio de este sencillo instrumento pudo M. Rolier soportar los diferentes cambios de temperatura que tuvo, y conservar la suficiente cantidad de lastre para mantenerse en el aire todo el tiempo que duró su famosa navegación aérea.

En grata medianía
Y venerables años,
Léjos de la ciudad y sus engaños,
Un anciano pastor feliz vivía.

Contento con su suerte,
En los lábios posada la sonrisa,
Libre de penas y ansiedad el alma,
Esperaba la muerte
Con deliciosa inalterable calma,
Cual tras el aquilon la blanda brisa.
Los hijos, el cercado,
Y una grey reducida
De su apacible y laboriosa vida,
Eran tierno y solícito cuidado.

Al grato albor primero,
Que ahuyentando las sombras de los montes,
En el río y la mar débil refleja;
Cuando el mayor lucero,
Consagrado al amor, ledo se aleja
A presidir opuestos horizontes:
Siguiendo la armonía
Del rústico instrumento,
Que acompañaba susurrando al viento,
El dichoso Dalmiro así decía:

DALMIRO.

La rubicunda aurora,
Mensajera gentil de la mañana,
Riende con su boca de corales;
Ya benéfica dora
Las vides enlazadas y rosales,
Que sombrean mi cómoda ventana.
Alza su rauda vuelo
La alondra parlerilla
Saludando á la luz, que apenas brilla,
Da animación y regocijo al suelo.

Después de algunas estrofas, en que el venturoso anciano habla de su paz y felicidad conyugal, del nacimiento de sus hijos, de los avellanos que plantaba en su huerta al nacer cada uno de ellos, y de su envidiable y no envidiada existencia, en una palabra, dice así:

De la existencia mía
El único dolor, la sola pena,
Fué tu separación, querida esposa.
¡Oh tenebroso día,
Que fenecer te vió, Glicéra hermosa,
Cual se agosta en el prado la azucena!
El Mayo con sus flores,
Regadas con mi llanto,
Ornó diez veces tu sepulcro santo,
En que yacen mi gloria y mis amores.

Muere el centenario Dalmiro tan pacífica y tranquilamente como había vivido, y al hablar del sepulcro en que yacían sus restos mortales, dice el poeta:

Quien la paz y el olvido,
Prefiriendo á la corte y sus pasiones,
Aquel sencillez túmulo visita;
Advierte complacido,
Que su inspirado corazón palpita
De la santa virtud entre emociones.
O campo, ó monte, ó choza,
El mismo ciudadano,
Léjos del mundo y su furor insano,
En vuestro puerto de la calma goza.

No eran sólo traducciones las que ocupaban los ocios del Sr. Bono Serrano, cuando asistía á la Academia de Apolo. Para no incurrir en alguna multa pecuniaria, era preciso á sus individuos presentarse todos los domingos en la reunión con versos originales. Darémos á conocer algunos de estos á nuestros lectores.

Tres ó cuatro veces al año solían los jóvenes académicos tener un día de asueto y salir á la campiña, y con más frecuencia celebrar su gaudium en la playa del mar y comer cerca de las olas. Casi siempre se sentaban para ello sobre la verde y mullida alfombra, matizada de aromáticas flores, y sombreada de añosos y gigantes árboles

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;

como dice Gil Polo en su *Diana* (digna del mismo Apolo, si no se equivoca Cervantes), al describir el amenísimo y fértil y risueño sitio en que el Túrta desemboca en las aguas del Mediterráneo.

Vayo solía madrugar menos que otros de sus consocios. Con este motivo una deliciosa mañana de Abril de 1828, nuestro vate aragonés se presentó en casa del Presidente

con otros de sus compañeros, reunidos todos para pasar el día en el campo. Sorprendieron al buen Don Estanislao durmiendo profundamente, y despertándole con algazara juvenil, mientras salía de su lecho y se vestía sonriendo, el Sr. Bono Serrano leyó un romancillo, del que damos algunas muestras:

¿Cómo yaces todavía
En ocio muelle dormido,
Cuando el sol naciente dora
De tus ventanas los vidrios?
Despierta del grave sueño,
Despierta, mi dulce amigo,
Pues tan hermosa mañana
Aprovechar es preciso.
El caliente lecho place
Allá en los meses de frío,
Cuando los muros batiendo
Ruge el aquilon maligno.
Cuando cayendo la lluvia
En monótono ruido,
Convida al reposo, y hace
Su grato placer más vivo.
Hasta las aves entónces
Enmudecen en su abrigo,
Agrada al pastor la choza
Y al ganado los apriscos.
Todos temen del invierno
El aterrador bramido,
Cuando la nieve en los montes
Agita en mil remolinos.
Hoy que los céfiros bullen,
Y el mar se mece tranquilo,
Y en fin, la naturaleza
Todo es vida y regocijo;
Allá en el campo admirémos
El tan suspirado arribo
Del Abril, que á visitarnos
Viene de rosas ceñido.
El murmurio de las fuentes,
El sonar del manso río,
Los parleros ruiseñores,
Del aura el mágico silbo,
La vega fértil que alegra
Con su animado bullicio,
Dilatarán nuestro pecho
En la amargura sumido.

Después de hablar el poeta de la paz que se disfruta en los campos, continúa de este modo:

Allí su blanda zampoña
Dándonos Gesner divino,
Orlada por la inocencia
De fresco pámpano y mirto;
Prorumpirá nuestro lábio
En pastoriles idilios,
Que suspendan la corriente
Del arroyo cristalino.
Qué embeleso! qué delicia!
Cuando del canto movidos
Lo repita el hondo valle,
Lo repita el alto risco!
Al imán de la armonía,
Candorosos campesinos
Acudirán desalados
De aldeas y caseríos:
Y muchachas y mancebos
Formando rueda festivos,
Regocijarán los bailes
El bosque de los alisos etc.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

DOS MUJERES.

(Conclusion).

Habían trascurrido quince años, y la primavera de 1838 extendía por todas partes su floreado manto, convirtiendo la nieve en bulliciosas fuentecillas y la crisálida en mariposa.

Era una noche suave y poética, como suelen serlo todas bajo el perfumado cielo de Italia, y las avenidas del magnífico teatro de San Carlos de Nápoles estaban atestadas de una inquieta y curiosa multitud.

No era difícil adivinar de qué clase podía ser el esperado suceso que así cautivaba la atención general.

La pobre Italia era esclava; ¿y en qué puede pensar un pueblo cuyas ideas están comprimidas por un círculo de hierro, y que sólo mueve su planta al compás de sus cadenas?

Otro pueblo cualquiera, tras tantos siglos de ignomi-

niosa esclavitud, hubiera caído en la degradación y el embrutecimiento; pero los espirituales hijos de Italia erigieron un altar á las bellas artes, y á falta de otros ídolos las tributaron un culto apasionado.

Y se embriagaban con celestes melodías, que sólo pueden inspirar los murmullos de sus aves, de sus fuentes y sus bosques: trazaban paisajes, cuyos originales sólo es dado buscarlos bajo su cielo azul y sus deliciosas campiñas; improvisaban poemas, que sólo aciertan á concebir sus imaginaciones de fuego.

A falta de cetro de oro, la antigua y postergada reina empuñaba un cetro de flores, avasallando con él al universo.

Aquella noche debía hacer su primera salida en el teatro de San Carlos un joven tenor que había recorrido los más acreditados de la Península, recogiendo en todos ellos abundante cosecha de laureles.

Segun publicaba la fama, desde muy remotos tiempos no se había oído una voz más delicada, una vocalización más fácil, ni un canto más arrebatador y expresivo. Añadiase á todas estas maravillas, una tan singular belleza, que rendía irresistiblemente todos los corazones.

Los que no habían sido bastante dichosos para lograr un asiento en el teatro, se contentaban con la esperanza de oírle desde fuera.

En Italia las más insignificantes acciones llevan el carácter de la pasión, y no os parecerá extraño si os digo que aquella multitud de curiosos hacía muchas horas que aguardaban, y que aguardaban con esa alegría paciente que sólo puede prestar al alma un vehementísimo deseo. Y para divertir el fastidio de tan larga espera, comentaban la historia del novel cantor de mil distintas maneras.

Llamábase Carlos Donati, y su padre, á falta de un tierno afecto, no había escaseado ningún medio para añadir nuevo realce á los dones que le había prodigado la naturaleza. No había recibido tan sólo una educación musical: hablaba con perfección varias lenguas, sabía historia, geografía, literatura, dibujo, y su conversación era tan amena y variada, como finos y distinguidos sus modales.

Sin embargo, al través de su amabilidad descubriase en su rostro un tinte indefinible de tristeza que nada podía justificar, y á veces en medio de los estrepitosos aplausos del público, y en el acto de ceñir sus sienes con la diadema del artista, quedaba de improviso mudo y pensativo, fijos los ojos en el espacio, como si buscara en él un desconocido objeto.

Este objeto, segun unos, era su madre, de cuyos brazos suponían haber sido arrancado en su infancia; segun otros, una pasión profunda y desgraciada que le había inspirado la bella princesa viuda de Carancio.

Para confirmar los primeros su aserto, decían que el viejo Donati había huido precipitadamente de Milan, para sustraerse á la persecución de una anciana mendiga que de ciudad en ciudad le seguía peregrinando. Tan misterioso incidente, dejaba ancho campo á las imaginaciones novelescas para formar mil extrañas conjeturas; pero todas quedaban destruidas por la circunstancia de que la vieja jamás había intentado hablar á Donati ni acercarse á su hijo.

Los que suponían á Carlos víctima de una pasión amorosa, aducían en su favor que su inesperada venida á Nápoles, mientras que serios compromisos le ligaban al teatro de Milan, coincidía exactamente con la de la bella y orgullosa viuda.

Contaban que una noche, era una noche misteriosa y poética, en que hablaban de amor todos los seres de la naturaleza, y hasta parecían cifras de amor las pálidas estrellas que brillaban en el cielo, la princesa vagaba por las fértiles alamedas que rodean á Milan, ese preciado joyel de la hermosa Lombardía. Seguíanla á lo lejos sus criados, y casi podía decirse que vagaba sola con sus propios pensamientos.

La princesa no había conocido el amor: casada á los doce años por razón de estado con un viejo octogenario, sólo había sentido por él el tierno afecto de una hija: parecía además que el orgullo sofocase en ella todos los suaves sentimientos que forman la esencia de su sexo: así al menos lo juzgaba el vulgo al verla escuchar con frente impasible y serena los amantes propósitos de sus adoradores; pero el vulgo se engañaba. La princesa tenía un espíritu superior, y sólo á un ser superior podía conceder su afecto.

Aquella turba de caballeros que hacían del amor una especulación ó un juguete, no era capaz de hacer vibrar ni una sola fibra de su alma.

La princesa, pues, vagaba casi sola, recogiendo con avidez todos aquellos amantes suspiros de la naturaleza, que acaso hallaban un eco en su propio corazón, cuando

llegó á sus oídos una voz; una voz tan dulce, amante y plañidera, que si hubiese podido creer en un milagro, la hubiera tomado por la de un ángel peregrino.

Aquella voz modulaba un canto sublime, y aquel canto era la plegaria que un hijo dirigía á su madre.

La princesa había perdido á la suya, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Presa de una emoción indecible, abrióse paso por entre un grupo de árboles, irresistiblemente atraída por aquel misterioso acento, y se halló en presencia de un joven que estaba sentado en una piedra, fijos sus ojos en la bóveda estrellada.

La princesa, que por un instante se había creído transportada á una región sobrenatural, dió un grito al volver á la realidad.

El joven se levantó precipitadamente.

Era Carlos, el inspirado tenor que formaba las delicias de Milan.

Ambos hablaron unos instantes; qué se dijeron? ni ellos mismos lo sabían.

Luego, cuando la princesa volvió en sí de su arrobo, buscó á sus criados y no pudo hallarlos.

Como había abandonado precipitadamente el camino, sin duda no la habían visto y la estarían buscando.

Perdida la esperanza de encontrarlos, aceptó la compañía que tímidamente la ofrecía Carlos para volver á la ciudad.

Enlazó su brazo al del joven; pero aunque los dos marchaban en silencio, se confundían sus miradas y los acelerados latidos de sus corazones.

No hablaron; ¿pero qué necesidad hay de hablar, cuando murmuran de amor las aguas y las fuentes, cuando la brisa suspirando lleva de un labio al otro labio las protestas de ese amor, que es la esencia de Dios y el alma del universo?

Mas ay! llegaron al palacio, y la vista de sus escaleras de mármol, del vestíbulo adornado de estatuas, espejos y tapices, de los numerosos criados que esperaban á la señora con hachones encendidos, destruyó el encanto y los sueños del pobre Carlos.

—Venid á verme, le dijo la princesa con una dulzura que ella misma se sorprendió de hallar en sus labios.

—Oh, nó, señora, respondió Carlos con indefinible tristeza; ¿cómo quereis que una humilde florecilla se atreva á adorar al sol, que es el rey del universo?

Y Carlos cumplió su propósito: jamás traspusó los umbrales del palacio, que era el templo de su amor, y había huido de Milan, para no encontrar todas las noches, fijas en él mientras cantaba, las miradas del ídolo de su alma.

Pero lo que negaba con su conducta, lo revelaba con su canto; y la princesa estaba tan segura de ser amada, que no había dudado un solo instante en seguirle á Nápoles.

Aquí llegaban de sus comentarios, cuando una soberbia carroza se adelantó lentamente por entre la multitud, la cual soltó un grito de sorpresa al reconocer que iba en ella la heroína de su historia.

Muellemente recostada sobre los cojines, veíase en efecto á la altiva princesa, cuya hermosura no tenía rival en toda Italia.

Mientras la muchedumbre se extasiaba en contemplarla, un nuevo incidente vino á distraer su versátil imaginación.

Oyóse el estruendo de prolongados aplausos en el interior del teatro, y una pobre mujer, en la cual nadie había reparado, y que estaba hacía tiempo recostada en las columnas del pórtico, soltó un grito como si despertase de un profundo ensueño.

Luego, arrojándose á los pies de los porteros, les pidió con lágrimas que le franqueasen la entrada. Pero los porteros generalmente no tienen corazón, y aquellos, fieles á su consigna como un soldado veterano, la arrojaron de allí llenándola de improperios.

La anciana, aturdida, retrocedió tambaleándose, y fué á caer en el centro de la plaza, entre las risotadas y sarcasmos de la mofadora turba.

Pero en aquel instante bajó la princesa de la carroza, que estaba detenida, y con el ademán de una reina levantó á la anciana, y dándole el brazo, se dirigió magestuosamente con ella al teatro.

Con tan noble sencillez había sido ejecutada esta acción, que la multitud, pasando rápidamente de un sentimiento á otro, prorumpió en aplausos; pero la princesa pareció no comprender que se dirigían á ella, y se alejó sin volver siquiera la cabeza para responder á aquella ovación espontánea y entusiasta.

Hacia rato que la ópera había empezado, y el nuevo tenor estaba en escena.

La fama no había mentido: nunca una voz tan pura y argentina había resonado en aquel sitio, y los pájaros

cantores hubieran enmudecido, si hubiesen podido escuchar sus variados trinos. Jamás la pasión había tenido un intérprete tan fiel, y cuando cesó de cantar, todos los corazones palpitaban de entusiasmo, todas las mejillas estaban cubiertas de lágrimas.

El mismo rey, que asistía al espectáculo, se sintió embriagado por aquel cántico celeste, y batió sus palmas. Al instante un diluvio de aplausos hizo retremblar el teatro, y cuando el modesto artista quiso dar las gracias, recibió la orden de subir al palco régio. Entonces toda la atención se fijó en aquel sitio.

Vióse al monarca dirigir algunas palabras de benevolencia al joven cantor, y luego, cogiendo una corona de laurel, que le presentaba un oficial sobre una bandeja de oro, la puso en la frente del dichoso artista.

Y mientras las mujeres agitaban sus pañuelos, y los hombres dejaban escapar un murmullo de envidia y de entusiasmo, partió un agudo grito del palco de la princesa.

Habíalo soltado la pobre vieja al caer sin sentido á las plantas de su noble protectora.

Asustada ésta, la hizo transportar al corredor, en donde la prodigó por sí misma los más caritativos auxilios.

Cuando la infeliz volvió en sí, murmuró con aire extraviado:

—Mi Carlos... ¿porque era él... sí... era él... mi hijo... mi Carlos, coronado por la mano de un rey, victoreado por mil espectadores... y nadie ha adivinado que la que estaba allí cubierta de harapos, era su madre... era su dichosa madre!...

—Cómo, vos! exclamó la princesa estupefacta.

María, á quien ya habéis reconocido por la mendiga, dió un grito de espanto, y dijo con voz ahogada:

—Por piedad, señora, no divulgéis mi secreto! ¡La alegría me lo ha arrancado... ¡Oh, no lo digáis á nadie... á nadie!...

—Pero explicaos... no comprendo...

—¡Si alguien penetrara este misterio, mi Carlos estaría perdido!

—Desconfiáis de mí?...

—Oh! nó, señora, oidme: yo era pobre, muy pobre, no tenía otro bien más que mi Carlos.

Un día vino ese hombre, ese Donati, y me dijo: ¡yo le daré una educación brillante y un brillante porvenir; pero has de renunciar á sus caricias, al dulce título de madre...

—Y consentisteis! preguntó la princesa más y más interesada.

—Renuncié á llamarle mi hijo, pero á verle nó. ¡Oh, á verle nó!... me hubiera muerto!

Hace quince años que resido en donde Carlos reside; sí, voy en pos de él, á pié, mendigando, pero dichosa siempre, porque al término de mi viaje me es dado contemplarle de lejos... oír de lejos su querido acento... ¡He padecido hambre, sed y frío; he regado á veces con mi sangre las piedras del camino... he sido otras objeto de escarnio para la innoble turba... he sufrido, en fin, todas las torturas de la miseria, sin esperar en recompensa ni una palabra amante de sus labios, porque él no sabe, él no sabrá jamás, que soy su madre!... Pero qué importa todo esto, si es dichoso, y yo puedo decirme á mí misma con orgullo: ¡ese, á quien toda la Europa aclama, es mi hijo!

—Madre! madre del corazón! gritó en este momento una voz detrás de las dos mujeres.

Era la de Carlos, quien al salir del palco régio se había dirigido á aquel sitio, en donde le llamaban á la vez la muda adoración que sentía por la princesa, y el extraño interés que le inspiraba hacía tiempo la mendiga, á la cual había reconocido en el acto de desmayarse.

La casualidad, ó más bien la Providencia, le había hecho oír las últimas palabras de su madre.

María, al verle delante de sí, pálido y con las manos juntas, exclamó llena de espanto:

—Nó, nó, yo no te conozco; yo no sé quién eres! ¡mi hijo ha muerto! véte, déjame! estoy loca!... ¿Pero no ves que estoy loca?

—¡Oh, madre mía, exclamó Carlos sollozando, haceis bien en rechazar al hijo ingrato que no ha sabido reconocer en medio de vuestra miseria; al nécio que no ha acertado á comprender la misteriosa voz que resonaba en el fondo de su corazón, y le decía: abrázala, que es tu madre!

Pero ahora se ha rasgado el velo que cubría mis ojos; ahora os he reconocido, madre mía, y permaneceré á vuestros pies hasta que me hayais perdonado.

Y Carlos abrazaba las rodillas de su madre con delirante ternura, y la pobre María agotaba sus fuerzas en rechazar al hijo idolatrado.

Esta extraña escena había reunido alrededor de sus

actores una multitud de curiosos. El viejo Donati llegó de los últimos, pero bastante á tiempo para oír las palabras de Carlos; y cogiéndole bruscamente del brazo, le dijo con voz airada:

—Insensato! ¿no ves que esa mujer pretende explotar tu estúpida ternura? Sígueme....

Pero Carlos no obedeció; Carlos, por la vez primera, alzó la frente delante de su padre adoptivo, y le dijo con entereza:

—Ha pasado ya el tiempo, señor, en que podiais engañarme, diciéndome que mi madre había muerto, amenazándome con vuestra maldición si osaba acercarme á la mendiga que tanto interes me inspiraba. Mi vaga sos-

E inmóvil y con el brazo extendido en medio de aquel animado grupo, parecía una reina.

—Carlos, dijo con voz lenta, dirigiéndose á Donati, Carlos ha dejado de pertenecer, porque acaba de trocar su nombre por el de Príncipe de Carancio. Sin embargo, como no quiere defraudaros de los gastos de su educación, podeis presentaros dentro de tres dias á nuestro mayordomo, quien os entregará la cesion que os hacemos ámbos de nuestras tierras de Maranigo, que representan medio millon. Dejados.

Habia tanta magestad en su acento, y por otra parte la proposicion era tan ventajosa, que Donati se alejó deshaciéndose en saludos.

á los ojos de los hombres, pero que es siempre grato á las miradas de Dios; ¡y qué valen las flores pasajeras de este mundo, hijas mías, en comparacion de las palmas eternas!

ANGELA GRASSI.

MARÍA STUART.

SU DRAMÁTICA VIDA Y REINADO

1542-1587.

XXVIII.

Expídese el decreto para la ejecucion de María.—Quiénes fueron los encargados de hacerle cumplir.—Cómo fueron recibidos.—Últimos dias de la vida de María.

La sed de venganza es la hidropesía del alma gangre-



VISTA DE GONDAR, CAPITAL DE ABISINIA.

pecha se ha trocado en certidumbre: he reconocido en ella á mi madre, y nadie podrá arrancarme de sus brazos....

—¡Cuidado, Carlos, cuidado, gritó Donati fuera de sí; piensa en el honor que acabas de obtener; mira que la gloria de tu porvenir está en mis manos!

—¡Yo desprecio esta corona, exclamó Carlos arrancándola de sus sienes y arrojándola lejos de sí; la desprecio si no me es dado ofrecérsela á mi madre!...

—Pero insensato, repuso Donati ahogado por la cólera; ¿tú ignoras que me perteneces exclusivamente, en virtud de un solemne contrato, y que necesitas gastar todas las fibras de tu alma ántes que puedas resarcirme de los gastos que me has ocasionado?

Carlos se mesó los cabellos con desesperacion. María lanzó un grito.

—¡Adios, adios, esclamó alejándose; no me verás más... nunca más... adios... renunciaré hasta al placer de verte, el último que me quedaba... adios!..

—Deteneos, dijo la princesa, que hasta entónces había permanecido muda espectadora de esta escena; deteneos y escuchadme.

—Y vos, señora, repuso la princesa dirigiéndose á María, ¿queréis aceptarme por hija?

Carlos y su madre se arrojaron á los piés de aquella mujer generosa, y los inundaron con sus lágrimas.

Al dia siguiente, y despues que los dos jóvenes hubieron recibido la bendicion nupcial, partieron con la dichosa María á una lejana quinta, rodeada de árboles tan frondosos como los de la encantadora América.

Las almas buenas siempre se buscan y se encuentran, para realizar las doradas utopias concebidas por Dios y los poetas.

Carlos, pues, gozó en el seno de su madre y de su esposa de aquella inefable felicidad que sólo experimentan las almas puras en la tierra, y los serafines en el cielo.

Ahora bien, con el ejemplo de estas dos magnánimas mujeres, debeis aprender á no murmurar de la Providencia si os ha hecho pertenecer á un sexo que, aunque débil, no es impotente para practicar el bien, sea cual fuere su estado, y sabe llevar á cabo las más generosas empresas.

Sólo en el corazon de la mujer existe ese tesoro inmenso de abnegacion y heroismo, que puede pasar desapercibido

nada, por eso el que la desea no vive ni encuentra reposo hasta verla realizada.

Esto pasó por Isabel, que al descartarse de la poderosa intervencion de Francia, no quiso dar lugar á que surgieran nuevos obstáculos, y aunque aparentando una hipócrita compasion, ordenó á Burghley que redactara el Warrant ó decreto de ejecucion para que se la presentaran á la firma sin perder más tiempo. En esta, como en otras circunstancias críticas de su vida, Isabel procedió con el maquiavelismo que algunos historiadores calificaron de gran talento. Comprometiendo á sus mismos consejeros, y simulando una gran violencia, firmó el decreto, diciendo:—«Esos charlatanes quisquillosos me obligan á firmar contra los impulsos de mi alma por la clemencia.»

—Y entregó el decreto al Canciller, encargándole no se olvidara de firmarlo y de ponerle el gran sello del Estado. Esta farsa, indigna de una reina, tenía lugar el 1.º de Febrero en Grenwille. (1)

(1) En el último capítulo daremos cabida á este documento, que creemos de suma importancia conozcan íntegro nuestros lectores



Corbeille de Fleurs

Tric-Trac

Marquise Louis XV

Cigale

Italienne

Fee

Venitien



EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II, 3.

Walsinghtam, loco de alegría porque al fin lograba ver á su soberana satisfecha de su obra, se apresuró á conferir á su cuñado Roberto Beale la comision de ser portador del decreto. El comisionado partió aquella misma noche para Tothingay, donde llegó el día 14. Isabel confiaba el cumplimiento de la sentencia al gran Mariscal de Inglaterra, conde de Schewesbury y á los condes de Kent, Cumberland, Derby y Pembrock. Estos tres últimos no obedecieron la orden de la reina, negándose á autorizar con su presencia la lectura de la sentencia y la ejecucion.

Cuando Beale llegó al castillo, María se encontraba postrada en el lecho, atacada de los fuertes dolores reumáticos que padecía desde los primeros años de su prision; de manera que hasta el 17 no pudo recibirle á pesar de la impaciencia de Paulett. Aquel día, hacia las dos de la tarde, Beale, acompañado de los condes de Schewesbury y Kent y de Paulett, fué admitido á la presencia de la prisionera, que se levantó expresamente de la cama para recibirlo. Rodeaban á María, como una pequeña corte, toda su servidumbre, cuyos nombres se han conservado fielmente. Eran sus doncellas, las señoritas Renata Realliy, Gila Maubray, Juana Kennedy, Isabel Curle, María Paget y Susana Kercady. Los hombres, eran: Domingo Bourgoin, médico; Pedro Gorjou, boticario; Jacobo Gervais, cirujano; Anibal Stewart, ayuda de cámara; Didiero Sitffar, dispensero; Juan Lauder, panadero, y Martin Huet, ayudante de cocina. María, agobiada por padecimientos físicos y morales de todo género, era todavía aquella interesante belleza que tanto corazon cautivó y la reina digna y altiva que habia subyugado voluntades harto rebeldes. El comisionado, los condes y Paulett, dominados por aquella majestad que imponia respeto, aún al pié del cadalso, la trataron como reina. Beale la dirigió un pequeño discurso, en el que se lamentó por ser portador de tan triste mandato. En seguida, pidiéndole la vènia, dió lectura al decreto, que María escuchó impasible. Concluida, se santiguó y dijo: — "Gracias, Dios mio, que os habeis dignado poner término á los males que por espacio de más de diez y nueve años vengo sufriendo." Y á las observaciones y excusas que le dirigió el conde de Kent, contestó: — "Dios me ha concedido la dicha de morir por la religion de mis padres y la mia. Dios me galardona con el martirio; bendito sea una y mil veces." Sostuvo tranquilamente una polémica con los condes, rebatiendo con incontestables argumentos las razones que ellos la dieron para que se acogiera en aquel supremo instante á la religion reformada. María, con el profundo talento que poseia, los confundió y derrotó por completo, poniendo de relieve su fanatismo y su ignorancia.

Notificada la sentencia, se previno á la víctima que la ejecucion tendria lugar dentro de veinticuatro horas, siendo inútil la peticion de un plazo de dos dias, hecha por Bourgoin, que los condes negaron rotundamente. María se conformó á todo, y les despidió, quedándose sola con su servidumbre, á los que dijo para consolarlos, pues estaban afligidísimos: — "Estoy contenta; muero por la religion católica y por su santa Iglesia. Tened paciencia,

y felicitadme, y mientras los hombres preparan la cena, nosotras las mujeres roguemos á Dios."

Esa fué la ocupacion de María en los últimos dias de su vida. Convencida de su próximo fin, pasaba los dias entregada al rezo y á las lecturas piadosas, ó bien escribiendo cariñosas cartas de despedida á su familia y amigos, las que respiran el sublime sentimiento de la cristiana resignacion. Sus hábitos no se alteraron en lo más mínimo en su última cena, en la que comió tranquila-

dividirlo en varias partes, colocó cada una de estas en su correspondiente bolsa con su tarjeta, en la que escribió el nombre de la persona á quien lo destinaba. La cantidad que contenian variaba desde veinte escudos hasta trescientos. Entregó además á Bourgoin setecientas libras para que las repartiese entre los pobres, destinando quinientas á los de Francia y doscientas á los de Inglaterra. Como plus á los donativos, dió tambien al mismo ciento cincuenta escudos, para que los repartiese entre toda su

servidumbre, destinándolos á comprarse los lutos, si acaso querian ponérselos y se lo permitian. Sus joyas y alhajas, que eran muchas y de gran valor, las distribuyó tambien entre su servidumbre, como hizo con sus vestidos. Separó algunas que le merecian más predileccion ó encerraban algun recuerdo, para que fueran entregadas al rey Enrique III y á su esposa, al rey Jacobo, su hijo, á la reina Catalina de Médicis, su suegra, á los duques de Guisa y de Mayene y á los demás príncipes y princesas parientes suyos, no olvidándose de ninguno. Su vajilla de plata se la regaló al despensero; la ropa blanca á una de sus doncellas favoritas, y así todo lo demás. Su generosidad y largueza no tuvo igual en aquel tiempo.

Privada de los auxilios espirituales, pues sus enemigos le quitaron el capellan que le celebraba misa todos los dias en una capilla que habia mandado hacer en sus horas posteras, despues de escribir á su confesor, preso en el mismo castillo, una carta de despedida pidiéndole la absolucion, recibió la sagrada Eucaristía de manos del anciano Bourgoin. Una hostia consagrada por el papa Pio V, guardada en una caja de oro por ella misma, presintiendo aquel momento, le sirvió para su última comunión, que pudo realizar á pesar de las precauciones que para impedirlo se trataron. En este último rasgo se perfilaba ya la mártir del cristianismo, como en tiempos de Tiberio y Neron las de las catacumbas.

SALVADOR M. DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

LA CIUDAD DE GONDAR.

Tomamos de un relato del reverendo Enrique Stern, que fué prisionero durante algun tiempo del rey Teodoro, los siguientes párrafos, que consagra á la descripcion de la antigua capital de Abisinia.

"Salí, dice, del palacio de Abuna, para echar una ojeada tranquilamente sobre Gondar. Una plataforma cubierta de yerba, que se hallaba detrás del palacio y frente al Gimp ó castillo, era el punto mejor para satisfacer mi curiosidad. Desde este sitio contemplaba como un panorama los varios grupos de casas que ocupan

la parte del Norte y del Sudoeste de tan extraña ciudad. Los grupos de casas, divididos por grandes espacios de campos y arboledas, presentaban una vista hermosa, alumbrados por la luz de la mañana. A mis piés, en un profundo barranco dominado por varias chozas de forma cónica, un arroyo cristalino corria por su cauce de piedras hacia Goha. En este valle, sobre una verde maleza, está el Etkoqué Beit, donde los jefes de los monges y los habitantes más respetables tienen su morada. A la izquierda de esta elevacion irregular, se extiende Baca con su ancha iglesia y sus bosquecillos,



MATATIAS.

mente lo que tenía por costumbre, consolando con afectuosas palabras á sus servidores, cuya afliccion crecia por momentos. Al terminarla llamó á todos sus criados, y brindó á su salud, preguntándoles si querian beber á la suya, y pidiéndoles perdon por las ofensas que pudiera haberles hecho. Ellos aceptaron aquella distincion, y puestos de rodillas á sus piés, mezclaron sus lágrimas con el vino. Antes de entregarse al descanso, hizo inventario de sus joyas y guarda-ropa, formando lotes para distribuirlos al dia siguiente, así como con todo el dinero que tenía, el cual, despues de contarlo y

sus desmoronadas murallas y sus miserables chozas, y en lo más elevado de la cima brillaban al resplandor del sol las torres y pórticos arruinados del palacio en otro tiempo magnífico, pero ahora decaído y casi inhabitable; tal es el conjunto que ofrece aquella población que en nada se asemeja á las demás poblaciones del mundo. Tiene un sello especial, exclusivamente suyo, que agrada y sorprende, pero no contrista. La naturaleza allí es feraz y vigorosa, su cielo puro y transparente.

Sus habitantes son de carácter apacible, buenas costumbres y bastante inteligencia, con lo cual su trato se hace simpático y agradable: así, pues, me llevé de Gondar un recuerdo sumamente grato.

COSTUMBRES POPULARES.

Hoy que poco á poco se van perdiendo las costumbres primitivas, que formaban parte, por decirlo así, de la vida de nuestros padres; hoy que los hábitos franceses cayendo sobre nosotros como un aluvion de aguas malas, se han llevado consigo en su rápido torbellino nuestros usos, nuestros trajes, y lo que es peor aún, nuestros antiguos y caballerescos sentimientos, es preciso conservar por medio de la pluma y del pincel aquellas sencillas escenas, recuerdos de otros y quizás mejores tiempos.

El dibujo que corresponde á estas líneas es debido al malogrado Becquer, y representa una escena de la romería á Nuestra Señora de San Soles, célebre santuario situado cerca de Avila, y al cual acuden gentes de todos los pueblos de las cercanías; siendo por lo tanto esta fiesta una de las más características y á propósito para estudiar los diferentes tipos de aquella region castellana.

La escena se figura en el átrio de la iglesia, junto á una fuente de aguas milagrosas, que beben cuantos acuden á la función. Peregrinos en este valle de lágrimas: ¿puede darse mayor consuelo, mayor dicha que creer y esperar?

MATATIAS.

La bellísima estatua representada en nuestro grabado, es obra del eminente escultor D. José Bellver.

Presentada en la exposicion de Bellas Artes de 1862, valió á su autor justos y calurosos parabienes.



Á LA SIMPÁTICA NIÑA

ROSA BOULLENGER.

Bien hayas, garrida niña,
Capullo del mes de Mayo,
Copo de brillante nieve
Que tienen dos rojos labios;
Canta, canta, Rosa mía,
Modula tu acento blando,
Y el ruiseñor que en las ramas
Se columpia solitario,
Cesará en sus dulces trinos
Para atender á tu canto,
Y hasta la sonora fuente
Su murmullo irá apagando.

Busque tu mano de rosa
En las teclas del piano,
Aquellas sentidas notas
Del vals, que me gusta tant,
Y la juguetona brisa
Te las irá arrebatando,
Trayéndolas á mi oído
Con su aliento perfumado,
Cuando lo espere anhelante
Al pie de los verdes álamos,
Que nacen en las riberas
Del río que corre manso.

Sonríe, mi dulce niña,
Contemplando mi retrato,
Y verás cómo la imagen,
Cuerpo real va tomando,
Y á encontrarte se dirige
Tendiéndote sus dos brazos,
Y en tus ebúrneas mejillas
Sienta un beso apasionado,

Mientras que tu madre admira
De mi cariño el milagro,
Y en sus pestañas asoman
Dos gotas de tierno llanto.

Ríe y juega, dulce niña,
Y entre risas y entre halagos
Trascurrir veas las horas
De tus infantiles años,
Sin que una sombra de angustia
Anuble el cielo estrellado
De tu hermosa y tersa frente
Que cercas de lirios blancos,
Emblema de la pureza
Que encierra tu pecho cándido.

Canta, canta, Rosa mía;
Y cuando espigues del tallo,
Y abras tu fresca corola
Del sol al ardiente rayo,
No te olvides de la amiga
Que dulces cuentos narrando,
Atraía el blando sueño
Sobre tus inquietos párpados;
La que tal vez en la tumba
Duerma ya su sueño helado,
Sin que el rumor la despierte
De tus juveniles pasos.

Goza, goza, tierna niña,
De tu madre en el regazo;
Prodígale tus caricias
Ciñéndola con tus brazos;
Que cuando tus bellas flores
Vaya el invierno escarchando,
Y conozcas de los tiempos
La huella en el pecho humano,
Sabrás que sólo en la infancia
El más feliz alcanzamos.

Madrid, Febrero de 1873.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

BIBLIOGRAFIA.

BIBLIOTECA ESCOGIDA (1).

LA PRIMERA COLECCION.

Con el título con que encabezamos estas líneas, ha empezado á darse á la estampa, en la ciudad de Vitoria, una importantísima publicacion de obras recreativas y científicas de nuestros más renombrados literatos y publicistas, bajo la direccion de D. Fermin Herran, y cuya primera coleccion tenemos á la vista.

Noble y generosa es la empresa iniciada; levantado y recomendable el pensamiento; digno y meritorio el objeto; consoladores y patrióticos sus fines. Bien se comprenden los esfuerzos con que habrá tenido que luchar el Sr. Herran al acometerla, y las pruebas porque habrá tenido que pasar para llevarla á feliz término; pero las grandes causas son las que necesitan de corazones esforzados; razon por lo que no dudamos un punto en felicitar á su director, que ha sabido vencer unos, apartar otras, orillarlas todas, siempre animoso, á fin de alcanzar la deseada meta tan justisimamente y en buena ley ansiada.

«La Biblioteca Escogida, dice el Sr. Herran en su elegante y bien escrito prólogo, manifestábase á mi imaginacion hace poco tiempo como una necesidad apremiante, como una medida salvadora, como medio único de sacar á la literatura española del estado de postracion en que se hallaba. Doliame muy mucho de que en España se publicasen tan pocos libros, y de estos pocos, la mayor parte malos; unos por satisfacer necesidades exigentes y compromisos apremiantes; otros por halagar gustos depravados é inclinaciones torcidas, y la menor buenos, porque estos, si los publica su autor, pierde trabajo y capital, y si los da á editores, no recibe sino exígua compensacion de sus desvelos.

«El proyecto, prosigue más adelante, maduraba en mi mente; pero á medida que se desarrollaba, surgia la dificultad de hallar un director que acaudillara una pléyade de ingénios tan notables como los que habian de militar en mi proyectada Biblioteca. Sentíame con fuerzas suficientes para empezar con feliz éxito mi pensamiento; pero dudaba de que bajo la direccion del ménos autorizado de todos ellos se agrupasen los que con más razon y con cualidades infinitamente superiores á las mías, debieran ocupar mi puesto. El consejo de queridos amigos, escritores de sobresaliente mérito, me decidió, é inme-

(1) Vitoria, R. I. de Betolaza, Postas, 5; Madrid, librería de Vitoriano Suarez, Jacometrezo, 72. Precio de cada tomo, 6 rs. para los suscritores en toda España.

diatamente me puse á trabajar para la realizacion de mi propósito.

Cumplidas han quedado las esperanzas que de su fé y esfuerzos concibiera el Sr. Herran. La obra primera que ha publicado, puede colmar con creces sus deseos por el adelantamiento y porvenir de las letras en nuestra patria querida.

Esta se compone de artículos escogidos de nuestros principales escritores, y cuyo número asciende á veinticuatro, entre los cuales figuran ocho como poetas, el conde de Cheste y los Sres. Madrazo, Estrañi, Ferrari, Labaila, Alvarez, Sanmartin y Perea, y como prosistas la señorita Angela Grassi y los Sres. Hartzenbusch, Fernandez-Guerra, Trueba, Tubino, Manteli, Orodea, Delmas, Becerro, Arrese, Mainez, Araquistain, Galdos, Salvá, Manterola y Enciso; precedido todo este bellissimo conjunto de un apreciable y erudito prólogo del Sr. Herran, en el que se halla, como una perla en su finísimo engaste, unos ligeros apuntes, con más razon podríamos decir concisas autobiografías, de los autores, con un criterio, una imparcialidad presentadas, que envidia darán á más de un atildado crítico.

¿Llegará á tener esta Biblioteca el éxito que merece por su filantrópico propósito? Como el Sr. Herran, nos contestamos: No lo sabemos. Pero los ánimos esforzados han nacido para la lucha, y al director de la Biblioteca Escogida, no le falta la fe de las altas empresas; mas así los tiempos, como dice el gran novelista Carlos Dickens, son difíciles.

Ignoramos si ha habido época más triste en la historia del mundo que la actual, corriendo ciega á su pérdida, y que nos arrastra en su torbellino cual al través de una brillante y deslumbradora fiesta.

Presa de un vértigo aparece la humanidad, como si del fondo de sus cavernas, en las que acecharan su presa, llegaran sedientos á la lucha inmensa esos héroes de barricadas, esos capitanes de motin, esos demagogos sin nombre, esos leaders de callejuela, esos esgrimidores de las tribunas y de las prisiones, cual si trataran de invadir la civilizacion, violentamente llevada á sus días más amargos.

Ah! dichosas horas de nuestra infancia que nos habeis abrigado como madre cariñosa contra el soplo pernicioso que habia dejado tras de sí el pasado siglo, rendido al peso de su masa impotente. Felices y amenos días en los que no habíamos dudado, tal era nuestra confianza en el porvenir, que llegaria un tiempo en que volverian con nuevo brio á la lucha los descendientes armados de las antiguas invasiones bárbaras, hijos de Atila, que empujan hácia adelante el asesinato, el odio, la avaricia y todos los evangelios perversos, en los que se juega la paz del mundo á la suerte, como las vestiduras de Jesucristo. Pronto se han ocultado á nuestras miradas los días encantadores y primaverales que echaba de ménos el poeta alemán en la lucha ardiente en que iba á morir. «Poesía oh! poesía, ven en mi ayuda, decia, no quiero morir en prosa, es preciso que mi muerte sea una oda ó un drama.» Pero sus días estaban contados, y el poeta alemán, semejante al jóven del poeta griego: cayó, sonrió y murió, dice la Iliada.

Hoy, gracias á tantas malas revoluciones, que han roto los eslabones de las leyes más sólidas, deshonrado los caracteres más firmes y hecho mil pedazos toda oposicion generosa, se cae y se muere, es verdad; pero ya no se sonríe al morir, al contrario, el corazón de los muertos exhala un eco para maldecir y blasfemar.

VICENTE CUENCA.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

CAPÍTULO XX.

PARTIDA, LLEGADA Y ESTANCIA.

El conde de Rosental vaciló algunos días ante lo que él llamaba faltar á sus deberes. Deberes que yo ignoraba entonces, se lo juro á V., Augusto. Mas al fin se me entregó á discrecion escribiéndome una apasionada carta en que me decia que marchaba á la corte, en donde me espe-

raba. Se habían logrado mis deseos; podía estar orgullosa. Ernestina estaba completamente derrotada.

Ella nada sabía, pues con la mejor buena fé del mundo creía que Alberto sólo había ido á defender sus derechos. Esto me hizo entrar á mí en serias reflexiones. El conde de Rosental, tan enamorado de su hermana de usted, la dejaba por mí, con el temor de que yo pudiera casarme con su primo, y perjudicarle en sus intereses con este motivo. Y luego, cosa extraña! el conde me había encontrado hermosa y seductora, cuando podía perjudicarle en su amor propio.

El amor del hombre, amigo mio, no es más que egoísmo y vanidad.

Alberto no me hubiese amado, á no tener yo relaciones con su primo; éste era su interés personal. Alberto no me hubiese amado, á no creerse desbancado por su primo; esta era su vanidad; y por último, Rosental me prefería á su hermana de V., por el atractivo de la novedad. ¡Quién es el hombre, Augusto, que no prefiera una conquista de un mes de conocimiento, á la de un año de cariño! El hombre, como la mariposa, es apasionadísimo de la novedad, y por ella falta á sus más nobles deberes, á sus compromisos más sagrados. General, no hago de este pensamiento un axioma, pues tal vez existan algunos que no sean así, pero por regla general es inconstante y veleidoso.

A los ocho días de ausentarse el conde de Salamanca, partimos para la coronada villa mi padre, Luis y yo. El viaje fué en extremo triste, pues todos íbamos pensando en nuestras cosas. Mi padre en sus negocios mercantiles que le obligaban á ir á Madrid, pues tenía en ellos comprometida la mitad de su fortuna. Luis triste al ver mi indiferencia, cada vez mayor para con él, y mis pocas consideraciones á su antiguo cariño. En cuanto á mí, si bien estaba contenta de haber vencido á Ernestina y mi vanidad satisfecha en desbancar á la única mujer que se atreviera á competir conmigo, y vencer y atar á mi carro victorioso al hombre que había tenido el suficiente valor para resistir mis encantos y amorosas miradas; con todo no me hallaba tranquila; deseaba más que tener á Rosental por novio, deseaba casarme con él y ser condesa.

Estaba ya cansada de la vida de coquetería y de luchas que había llevado. Tiempo era de fijarme y descansar.

El conde me convenía para esposo por todos conceptos: era jóven, rico, noble y de bella figura. Además, yo le amaba mucho, ó creía amarle, y ante esta idea desaparecían las vacilaciones que pudiera aún tener.

Llegamos á Madrid: el conde nos esperaba, y nos condujo en su carruaje á la casa que nos tenía ya preparada. Aunque yo había viajado mucho, por una casualidad no había visitado á la capital de España. Así fué que los primeros días los pasé recorriendo todo cuanto hay de notable en la corte. Alberto no se apartaba de mí casi nunca, y cuando lo hacía era para regresar á los pocos momentos.

Esto me tenía en extremo satisfecha y alegre, porque me hacía creer que no tardaría en ser condesa de Rosental. Al mes de estar nosotros en Madrid, perdió Sarmiento su pleito, no sé si con justicia ó sin ella, pero esto alegró en extremo al conde. Pasé algunos meses en Madrid, que fueron los más felices de mi vida, pues me entregaba por completo á la dulce ilusión de amar y ser amada. Oh, amigo mio, cuán hermosa es la ilusión!

Creía que el conde me amaba, y á mi vez me sentía tiernamente impresionada hacia él, y sin embargo, Augusto, todo era mentira!

El conde no sentía por mí otra afección que la vanidad satisfecha, y yo misma no estaba más que encaprichada, empeñada en ser condesa de Rosental, y á pesar de esto, que yo ignoraba entonces, era feliz. ¡Felicidad, ay! que no había de durar más que un rayo de sol de invierno!

Augusto, aun cuando el amor no sea más que una ilusión, es una ilusión que nos hace gozar, y siempre es buena; pues en este miserable valle de lágrimas, los goces son tan pequeños que deben aprovecharse.

Pasó una temporada grande, y el conde seguía lo mismo conmigo, amante y apasionado, pero sin hablar nada de lo futuro; esto me disgustaba en extremo, mas era yo demasiado orgullosa y altiva para ser la que me adelantase á hablarle de matrimonio.

No parecía justo tocar esta cuestión, cuando él se abstenia por completo de mentarla. Error muy grande, amigo mio, y que ha perjudicado á algunas mujeres, pues ante la felicidad de una persona, nada vale ese puntillo de honor ó delicadeza mal entendida. Si un caballero se dirige á una señora con proyectos amorosos, y ella le oye, y aun le corresponde, y pasan así meses y meses y hasta años, no debe consentirlo. Si él quiere entretenerse, ¿por qué la mujer, que pierde en este juego, no ha de tener la suficiente franqueza para hacer de él una cosa seria, ó sino romperle como una hebra de seda podrida? Se

dirá que del amor hace un cálculo, ¡necedad! no es esto cálculo, sino el conservar su buen nombre; puesto que ella pierde más que el hombre, á ella compete poner término con energía á este juego que tanto la perjudica! A mí, en aquella época me parecía indigno hablar á Rosental con formalidad, y así se pasaban los meses siempre como el primer día. Luis seguía viviendo con nosotros, y siendo el mártir de mis caprichos.

No me dirigía ni una sola reconvencción por mis engaños, y aun recibía á Alberto con agrado. Yo estaba admirada de su bondad y prudencia, y de su abnegación. Le creía casi curado de su amor hacia mí, cuando un día me pidió una entrevista, que no tuve reparo en concederle. En ella me habló así:

CAPÍTULO XXI.

NOBLEZA DE LUIS Y NOTICIAS ALARMANTES.

—Querida prima, me parece que entre los dos deben ya cesar las japerencias y las mentiras. Tú no me amas, no me has amado nunca, y en vano será que yo me haga ilusiones que no se realizarán jamás. Sé una vez franca conmigo, por tu propio bien, ¿dime: amas al conde de Rosental?

Ante este ataque brusco, me quedé sorprendida y sin saber qué decir; mi primo lo conocía y me dijo con dulzura:

—Magdalena, no veas en mí al amante ofendido, que viene á pedirte el cumplimiento de una palabra, ó darte quejas por sus padeceres y perdida tranquilidad, ¿Qué importa todo esto si tú eres feliz? Te repito que en tu presencia sólo está el primo; el amante desapareció, remplazándolo el hermano. Amas al conde?

—Oh! cuán bueno eres, Luis, le contesté enternecida. Es cierto, amo al conde de Rosental.

—Y él te ama á tí?

—Así me lo dice, respondí sonriendo.

—Pues entonces, prima mia, te dejo libre de tu palabra; cástate con él.

—Oh! repuse quedándome pensativa, es verdad, yo pienso en eso, pero, añadí ruborizándome, Alberto, hasta ahora, nada me ha hablado de himeneo, y no he de ser yo la que se lo proponga.

—Qué me dices, prima? exclamó Luis; en qué piensa el conde? Me parece que despues de seis meses de amor, era ya tiempo de formalizarse. Eso llama mucho mi atención, y me disgusta. Magdalena, te amo como siempre, mas si pospongo tu felicidad á la mía, si te cedo al conde, no será en verdad para que te tome por juguete.

—Luis! grité ofendida.

—Prima mia, respondió él con amargura, seamos francos. ¿Crees que no me desespera la idea que con todo mi amor y cariño por tí, yo no puedo hacer tu dicha? ¡Oh! por qué amas á otro?

Me desarmó su nobleza, y le contesté cariñosamente:

—Luis, no creas que un caballero como el conde de Rosental pueda engañarme; me ama sí, mil veces me lo dijo, y sinó pidió mi mano, sería por consideraciones á tí.

—Que es un caballero el conde de Rosental, lo sé, prima mia; pero que por eso deja de engañarte? No! Magdalena; hoy en día los hombres más caballeros dejan de serlo con las mujeres, y faltan sin miramiento y sin avergonzarse á todas las palabras que las dan. ¡Triste cosa es ciertamente que el que se tiene por honrado y caballero, y que le parecería una felonía engañar á otro hombre, faltando en cualquiera asunto á su palabra, no crea que es mayor vileza faltar á una pobre mujer, sér débil y desvalido, de quien debiera ser el amparo! Y sin embargo, Magdalena, esto lo estamos viendo todos los días, llevando algunos su cinismo hasta el extremo de decir: ¡que con una mujer no es proceder mal el engañarla! Mas si el conde trata de burlarse de tí. ¡Infeliz de él!

—Luis, qué dices? exclamé yo aterrada.

—La verdad; puedo consentir y conformarme con no ser yo feliz; pero tú, no!

—Querido primo, le dije, eres el sér más bueno que puede encontrarse. Tú debieras odiarme por lo mucho que te hago sufrir, y al contrario sólo deseas mi dicha aun á costa de la tuya. Nadie como tú era digno de mi querida Angela: eres tan noble y virtuoso como ella. Oh! qué lástima que Angela sea monja! sois en todo parecidos; habeis nacido el uno para el otro. Te engañas si crees que exajero con referencia á mi amiga; Angela es un modelo de virtud.

—Magdalena, murmuró Luis con tristeza. Ni Angela, ni mujer ninguna podría poseer mi cariño, á tí sólo he amado, y á tí te amaré siempre, ya seas esposa del conde ó no. Mi cariño es puro é ideal; el amor que te profeso sólo quiere verte feliz.

Hoy hablaré al conde, y si por mí ha dudado en pedir tu mano, le diré con franqueza que abandono mis pretensiones.

—Luis! exclamé enternecida, y asomando lágrimas á mis ojos ¿cómo podré pagarte el gran cariño que me profesas? Oh! si no amase al conde tanto!

—Silencio, interrumpió Luis con dignidad, no hablemos más de eso, porque me disgusta y me agravia. Adios, hasta luego.

Y el infeliz jóven se separó de mí corriendo porque la angustia le ahogaba. Oh, General! grande era el sacrificio que hacía. El que me amaba tanto, renunciaba á mí, y me arrojaba en brazos del conde, sólo por verme feliz. Augusto, yo tenía entonces el alma pervertida, pues sinó, al ver tanta nobleza, no debí haber vacilado entre el conde y él. Mas ay! seguía la fatalidad de mi destino, que siempre me conducía al abismo. Con dos seres tan buenos como Angela y Luis, yo debí haber sido mejor; pero el recuerdo de Angela se había mitigado y no atendía al amor de Luis, porque mi vanidad me arrastraba en pos del conde.

(Se continuará.)

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

Explicacion del Figurin 162.

TRAJES DE MÁSCARA.

FIG. 1.^a—*Cesta de flores*.—Cuerpo y falda de raso verde luz, adornado con un enrejado de varillas de oro, ó amarillo de oro.

La parte superior del cuerpo está adornada con una guirnalda de flores, serpenteando entre un bullonado de gasa blanca. La primera falda, verde luz, está sembrada de flores y ostenta el mismo enrejado que el cuerpo. La segunda, de foulard verde claro, está también adornada con guirnalda de flores, y terminada con un encaje blanco. Corona de flores en el peinado.

FIG. 2.^a—*Tric-trac*.—Traje para niña de 5 á 13 años. Cuerpo de raso negro, con fichú de foulard adamascado, negro y blanco, y picos bordados de oro. Segunda falda de tul blanco sembrado de motas de oro, terminada con picos agudos que caen sobre una falda de raso negro, sembrado de motas de oro en el bajo. Medias adamascadas. Dados sobre los lazos de los zapatos de raso negro. Lazo negro en el cabello. Cubilete con dados, puesto en banderola.

FIG. 3.^a—*Marquesa del tiempo de Luis XV*.—Cuerpo y chaleco de tafetan blanco. Segunda falda con tontillo de tul blanco, recogida con lazos rosa y rodeados de encaje ó tul bordado en blanco. Falda de tafetan rosa, adornada con lazos blancos, y hacia el bajo con una drapería de encaje ó tul blanco, sostenido con rosas. Rosas en el cabello y en el hombro izquierdo.

FIG. 4.^a—*Cigarra*.—Cuerpo de raso encarnado púrpura sobre camiseta blanca. Chapas doradas sobre los hombros y galon de oro alrededor del cuerpo. Echarpe argelina. Falda de foulard verde luz, terminada en picos y adornados con una franja oro y púrpura. Mangas de tul blanco. Primera falda de raso naranja, rayada con notas de música. Toquilla verde adornada con un grueso boton y antenas doradas. Guitarra en bandolera. Botitas de raso verde claro, cerradas con trenchilla de oro y lazo de cinta púrpura. Medias color de carne.

FIG. 5.^a—*Italiana*.—Drapería de encaje blanco en la cabeza. Cuerpo de raso negro bordado de oro y orillado con trenchilla de oro. Segunda falda de tafetan encarnado recogida á los lados. Delantal de foulard. Primera falda de raso color azul de Francia. Medias color de carne. Zapato de raso negro con escarapela rosa y blanco.

FIG. 6.^a—*Hada*.—Vestido Princesa de extensa cola de tafetan azul, sembrado de plata. Echarpe, túnica y mangas de gasa blanca, sembradas de oro. Adornos compuestos de estrellas doradas. Bandó y estrellas en los cabellos, terminadas con aigret. Varita dorada.

FIG. 7.^a—*Veneciano*.—Traje para niño de 5 á 10 años. Cuerpo de raso negro, con acuchillados de foulard solferino, como asimismo el calzon corto. El cuerpo va terminado con galon de oro, y el cinturón que le ciñe también es dorado. Medias gris perla, zapato de raso negro, birrete de terciopelo negro, adornado de plumas.

Atendido el estado de las comunicaciones en los ferrocarriles, damos anticipadamente la explicacion del figurin que se repartirá con el núm. del 18, por no saber cuál de los dos llegará ántes á nuestro poder.

Explicacion del Figurin 163.

FIG. 1.^a—*Traje de sociedad*.—Rico vestido de terciopelo violeta, adornado con tiras de cisne ó pluma blanca. La misma tira que guarnece el bajo de la falda y figura túnica, adorna las mangas anchas y abiertas hasta el codo, y el escote abierto en corazon. Collar de perlas, grupo de violetas y hojas verdes en el cabello.

FIG. 2.^a—*Traje de baile*.—Vestido de faya rosa y túnica de muselina orillada con un ancho encaje blanco, cuya pegadura vá cubierta con una guirnalda de flores y lazos puestos de trecho en trecho. Otras guirnalda en el centro y en los costados, hacen formar bullones á la túnica, recorriéndola además en los costados bajo un lazo rosa. Cuerpo escotado de faya con aldeta, y berta de encaje. Un ramo de flores adorna los hombros y el cinturón, que cierra atrás con un lazo. Grupo de rosas con caída de hojas en el cabello; guantes blancos largos.

FIG. 3.^a—*Traje de visitas*.—Vestido de reps de lana verde. Adornan la falda tres volantes en disminucion terminados en picos y encima del tercero un bullon entre dos ruches. Una tira de piel oscura figura chaleco sobre el cuerpo y túnica sobre la falda, que á partir de la tira de piel no lleva ningun adorno más que la misma tira. Esta guarnece también las mangas; sombrero de terciopelo negro con lazos verdes, flores punzó entre hojas secas y velo de encaje blanco.



GRATOS SOLACES.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.

LOPE DE VEGA.

¡Oh dulces y apacibles y fugaces horas, las que se pasan entregados á la meditacion y al estudio, en compañía de nuestros autores favoritos, que se prestan sin quejas ni murmuraciones á todos nuestros caprichos! ¡Oh dulces y apacibles y fugaces horas, las únicas en que libamos la copa del placer, sin mezcla de amargura!

Jóvenes, amigas mías, cuando el tedio os sorprenda, ó algun pesar os contrista, refugios en vuestro solitario gabinete, seguras de hallar en él suaves distracciones para el espíritu, bálsamos inefables para el alma. Si vuestra inquieta imaginacion anhela visitar los más apartados confines del globo, y recrearse con la descripción de sus variadísimas costumbres, si deseais consultar la historia de los antiguos tiempos y templar vuestras almas con el recuerdo de altas y magnánimas empresas, ó si por el contrario, vuestro corazón melancólico y apenado, ansía escuchar el lenguaje de la pasión y saborear tiernas endechas, hé aquí que obedientes á vuestro conjuro, surgen del caos ciudades y campiñas, héroes, emperadores y sábios, vírgenes inocentes y amantes trovadores.

Los unos os revelarán las propiedades de vuestros preciosos pájaros y de vuestras amadas florecillas; los otros, rasgando el hermoso azul del cielo, os pondrán de manifiesto las maravillas de los astros; y los otros, por último, os indicarán el medio de ser felices en este valle de lágrimas, amando á Dios, cultivando el bien y la virtud.

¡Oh, mis jóvenes amigas, preferid estos castos é inefables goces, á los placeres turbulentos que os ofrece el mundo! Cuando volveis de un baile, fatigadas de cuerpo y alma, apenas podeis reconciliar el sueño. Os atormentan y punzan mil recuerdos dolorosos: la superioridad de una rival, la ironía mal encubierta de una amiga, el desden de un hombre, quizás el único que hubierais querido ver postrado á vuestras plantas. Los libros, queridas mías, no os motejarán, no os calumniarán, no se complacerán en hacer trizas vuestras pobres almas.

No os aconsejo por esto que huyais de la sociedad: la alegre juventud necesita rodearse de alegría; los espléndidos veinte años, necesitan armonizar con el esplendor de los festines.

Pero cultivad vuestro gusto por el estudio y la lectura, preparad vuestro espíritu para que sea capaz de saborear algun día estos serios pasatiempos, y mañana, cuando sea menor vuestra necesidad de brillo y movimiento; mañana, cuando el mundo empiece á abandonaros, cuando empiecen á palidecer las rosas de vuestras mejillas y los rizos que adornan vuestra frente, podreis refugiaros en vuestro querido y solitario gabinete, seguras de hallar siempre allí amigos fieles, solícitos y discretos, que no contarán, con maligna alegría, las arrugas de vuestro rostro, ni las hebras de plata que matizan vuestros cabellos.

¡Gran ciencia la de saber coger á tiempo las flores de la primavera y los frutos del otoño, reservándose algunos para el aterido invierno; gran ciencia la de saber envejecer!

Grande es el movimiento literario, que á pesar de las circunstancias se nota en nuestra querida España.

Por todas partes se efectúan certámenes poéticos con los más felices y brillantes resultados.

Uno de los que más han llamado la pública atención, ha sido el que se ha celebrado en Girona en el último Noviembre, con la particular circunstancia de que á pesar de ser el primero que se celebraba en aquella importante capital, se presentaron 217 composiciones, remitidas

de distintos puntos de España. Ocho eran los riquísimos premios ofrecidos por personas de tanta representación como son el Gobernador, el Obispo, la Diputación provincial, la Universidad libre, etc., y á esto, y á que los promovedores del certamen, con un criterio verdaderamente levantado y sin mezcla de rastrero exclusivismo, admitieron composiciones en prosa y verso, en catalán y castellano, sin asunto prescrito de antemano, se debe el lisonjero éxito que ha alcanzado. Hablarémos más extensamente de esta importante solemnidad literaria, cuando recibamos el volumen que contiene las composiciones laureadas, y que se está imprimiendo, limitándonos por hoy á enviar nuestro sincero parabien al entendido literato D. Francisco de P. Franquesa, que con celo infatigable promovió esta benemérita asociación, y á todos los ilustrados señores que la componen, y que con tan brillante éxito han visto coronados sus esfuerzos.

También en Barcelona están de enhorabuena las letras españolas. Entre las infinitas obras de verdadera im-



GRATOS SOLACES.

portancia que allí se publican, citaremos una más grata para nosotras, pues está dedicada á la infancia. Es una colección de cuentos, con bonitos grabados, que acaba de poner á la venta la casa editorial de D. Juan Bastinos é hijo, debidos á la pluma del Sr. D. Julian Bastinos, autor de otras obras del mismo género, que han merecido los plácemes más lisonjeros.

El primer tomito se titula *Los Americanos*. Las sencillas y morales máximas que encierra, las pintorescas descripciones hechas con gran ingenio y al alcance de los niños, recomiendan su adquisición, pues á la vez que los instruye, los entretiene agradablemente.

Véndese en Barcelona y en las principales librerías, al precio de 3 rs. ejemplar.

También se publica en Barcelona un periódico de suma instrucción, titulado *La ciencia para todos*, justificando completamente su título con preciosos artículos, llenos de sabiduría y erudición, pero escritos de un modo tan fácil y práctico, que se hallan al alcance de todas las inteligencias. Le recomendamos vivamente á las madres de familia, tanto para sí, como para sus hijos, pues hallarán en él abundante cosecha de útiles conocimientos.

Ahora, pasando de la culta capital del Principado á Madrid, recomendamos, como ya lo hemos hecho muchas veces, el precioso semanario titulado *Los niños*, en que nuestros amados pequeños hallarán moral, instrucción y recreo, y los *Cuentos de salón*. El último tomo publicado se titula *Las madres*, original de D. Carlos Frontaura, y cuantos conozcan las obras de este ilustre escritor, no

necesitan nuestros encomios para comprender el mérito que encierra.

Ratos deliciosos han proporcionado al público madrileño los niños campanólogos, hijos del conocido instrumentista Sr. Spira.

Efectúan el concierto, un niño de diez años, uno de nueve, una preciosa niña de siete y un niño de cuatro, el que en razón á su tierna edad es el que recoge más cosecha en los aplausos que se prodigan á todos.

Imposible parece que cuatro niños tan pequeños puedan manejar con maestría extremada varias campanillas, colocadas separadamente, y cuyos movimientos continuados, dada la variedad de las notas musicales, suponen una memoria, una precisión, un instinto musical superior á todo encomio.

Ejecutan lindas piezas sin una desentonación, sin una vacilación en el ritmo, con sumo gusto é inteligencia.

Días pasados tuvieron la honra de tocar en Palacio, y creemos que en breve pasarán á la Habana.

Antes de que lo efectúen, aconsejamos á nuestras amigas que no desperdicien la ocasión de ir á escuchar y aplaudir á los pequeños y graciosos campanólogos.

Aunque ha llegado tarde á nuestras manos, no queremos omitir la solución á una charada anterior, que nos remite una ingeniosa suscritora. Héla aquí:

Ciertamente que en Madrid
Ciudades, villas y aldeas,
Abundan más que el *picote*
Lindísimas *PICOTERAS*.

CANDELAS G. REDONDO.

Soluciones á las charadas insertas en el número 4 de EL CORREO por las señoritas doña Nieves Fernandez y Córdoba, doña Concha Fernandez y Córdoba, de Mérida; doña Adela Monforte, de Calatayud; doña Almudena Barrios, doña Dolores Santos, doña Inocencia García, de San Sebastian; doña Fuensanta Arguyo, de Murcia; doña Loreto Garrido, de Sevilla; doña Virginia Muriel y doña Ignacia Trabadillo, de Villafila, y por los señores D. Cleto Samper, D. Bernardino Sanchez, don Tadeo Amares, de Santander, y D. Lúcio Gonzalez, de Valladolid.

I.

No hay quien no sepa la *a*.
A nadie le asusta el *bú*
Y me diera á Belcebú
Si no jugara al *billar*;
Mas me convierta en *bubí*
Aunque resida en la *villa*,
Si no dijese *Abubilla*
La charada que leí.

II.

Nunca ha sido cosa *rara*
El que una niña sea *mona*,
Ni aun el que cante la *rana*,
Ni que en Oriente haya *moras*,
Ni que la charada diga
Que la morena es *Ramona*.
A. P.

CHARADA.

De la prima y segunda
no entiendo nada,
y al *todo* corresponde
el explicarla.

Yo solo puedo
admirar cómo brilla
allá en el cielo.

No sucede lo mismo
con prima y terciá,
especie que no falta
en nuestra *Esperia*.
Y hay quien afirma,
que muchos se dan tono
con *frac* y *levita*.

La segunda y tercera
sirve de blanco,
á los distintos grupos
republicanos.
Y otros pretenden
ver cómo echarle el guante,
pero no pueden.

Mucho abundan en Asia
cuatro y tercera,
y con ser tan risibles
aun hay quien crea
que el hombre debe
proclamar que ellos fueron
sus ascendientes.

GERÓNIMO COUDER.

Las Sras. Suscritoras á la Edición de Lujo recibirán con este número el figurín iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra. 7